

Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Dicen los clásicos que en la guerra y en el amor, todo se vale. Que en las lides en donde se juega el honor –si de la guerra se trata–, para vencer al enemigo, las tretas, las componendas, los garlitos, los dobles juegos, el engaño, y las tácticas más sofisticadas, son utilizadas para obtener la codiciada victoria. El general de los ejércitos atacantes no puede ceder ni un centímetro de terreno, debe avanzar, arrollar, combatir fieramente y ganar. Es claro que los mismos términos, las mismas tácticas se menean en la otra guerra, en la otra más deliciosa, en la más pura, en la más productiva, en la más lúdica: en la guerra del amor entre un hombre y una mujer dispuesta. Pues bien –como diría Acuña–, en esta ocasión, nuestro escritor de cabecera, nuestro dilecto amigo, don Carlos Bracho, nos envía un Tranco que nos hace recordar lo que este memorioso y tres veces H. Consejo editorial suscribe líneas arriba. Veamos si estamos en el camino correcto:

La noche era espesa, era como dirían los autores del pasado siglo: una boca de lobo. El pueblo era pequeño relativamente, allí vivían unas tres mil personas. Se situaba en los bajos de la montaña. Un río no muy voluminoso, pero de fuerza y de color casi azul, cruzaba la población y luego se perdía entre los vericuetos del bosque y de las

cañadas vecinas. Así que el rumor del agua al correr producía un encanto adormecedor. El clima era más bien caluroso, pero sin llegar a los extremos agobiantes del trópico. Por las noches había una brisa que traía una calma agradable. Era lo que ahora gozaba.

A “Lidia” (como soy un caballero –perdón por la modestia–, omito el nombre real de la mujer por la que corrí una aventura, creo yo, grande, y también no digo el nombre real del pueblo, ni cito el estado de la república, en donde la batalla tuvo lugar) la había conocido una mañana. Yo permanecía recargado en la barda que en algunos tramos corrían a lo largo del río. Me solazaba contemplando las aves zancudas que nadaban y pescaban y desaparecían luego con sus presas. Y las canoas que trajinaban de un lado a otro de las orillas, llevando gente, trayendo mercancías. A unos metros de mi atalaya se situaba el pequeño embarcadero. Ella, apareció de pronto, como si un arco iris la hubiera depositado allí. Sintió mi mirada en su nuca. Volteó. Me miró con mirada juguetona. De más está decir que era una morena clara de cutis bañado de sol, que por su porte, su cuerpo, su cara, sus ojos, sus muslos que se adivinaban soberbios, me producía calosfríos ignotos –¿verdad, López Velarde?– Por la línea que nuestros ojos trazaron se podría posar un colibrí. Hay veces en las que un hombre y una mujer, sin decir casi nada, o nada, se entienden, se conocen, se intuyen. Eso no

bastaba, había que indagar más. Me acerqué para estar junto a ella, para “atacar”, para conocer los flancos del “enemigo”, para tantear el terreno, para trazar un plan de ataque que no pudiera fallar, para ver si no había moros en la costa

–marido, novio o lo que fuera-, se debía estudiar a fondo la situación para saber el parque, el arma o la artillería a usar. Era una muchacha bella, sonriente. Las mujeres bellas y de cuerpo rubicundo y formas que provocan un delirio de manos y dedos, con ellas el cuidado debe ser extremo. Si es soltera el peligro es mayor, quizá busca un marido. Si es casada puede que busque una aventura en donde la vida del atacante corre peligro de muerte. Si tiene un novio solitario, éste, al ver que su mujer es asediada con fruición y con esmero, los celos lo pueden orillar a cometer un crimen. Allí la tenía yo, plena, pura, radiante, con el sol quemando su piel y yo quemándome con ella. El silencio fue el diálogo que nos acercó más. Así, mirándonos, midiéndonos, tanteándonos, permanecimos un tiempo inolvidable. De pronto una voz que provenía de una barcaza que llevaba y traía pasajeros, la conminó a abordar: –“Lidia” ¡sube ya! –era la voz del hombre que la piloteaba. –Sí, viejo, voy– –le contestó mi “Lidia”– y ella al dar la media vuelta alcanzó a decirme, quedo, muy quedo que era su esposo. Pero que la esperará allí, a la media noche. Brinqué de gusto pues parecía que en el combate ya tenía yo las de ganar. Pero qué tal si el marido era un feroz corsario con mano de gancho y panza enorme y sable al cinto y dispuesto a matar a todo aquél que se atreviera a mirar o acercarse a su morena de fuego? Yo había permanecido estático ante esa naciente pasión. Un ayudante empezó a desatar la soga que detenía la barcaza, cuando ella, la muy “Lidia” –en la guerra todo se vale– gritó: –¡Espérame, Juancho –su esposo, después lo supe–, olvidé mi canasta. Efectivamente junto a mí estaba una canastita tejida de palma que contenía unas frutas. De un salto –que dejó ver sus piernas colosales- llegó hasta donde estaba. Tomó su canasta y antes de erguirse murmuró: –Sube, di que va a ir

al mercado de la otra orilla. Allí te buscaré al mediodía. Hice lo que la muchacha me indicó. Durante el corto viaje a la otra ribera traté de no verla, pues el marido no dejaba de observarme, yo puse cara de hombre santo, –sí, todo se vale en el combate por el amor-, puse ojos de cordero a medio horcar, de hombre que no quiebra ningún plato, y tomé la actitud de un pastor anglicano. Pagué y me encaminé al mercado que mi amiga me había indicado. La barcaza siguió dejando y subiendo gente por los lugares del río. El mercado tenía una plazoleta en el centro con un quiosco al que se podía subir por los seis escalones de madera que tenía.. Allí me quedé sentado. Observé el movimiento de los compradores, de los marchantes, eso me calmó un poco. Incluso empecé a dormir. De pronto una mano sensual y rica me tocó el hombro. Era ella, sí, era ella, era mi “Lidia” hermosa. Su sonrisa le cubría la cara. Se sentó junto a mí. Yo no sabía qué hacer si besarla con intensidad de forajido, si abrazarla como naufrago, si mirarla como se mira una venus conocida. A unos metros de allí se divisaba la barcaza en donde el marido marinero atendía al pasaje. –Oye bien, amigo, Carlos, le dije, llámame Carlos– –Bien, Carlos, a media noche te espero enfrente, en donde nos conocimos. No. Mejor esto: ahora mismo abordamos, y le dices a Juancho que si en el último viaje que haga, que es como a las diez de la noche, puede llevar un encargo a “San Juan”, está como a dos horas de aquí, que le pagarás bien y que sólo él puede hacer tal mandado. Que la tarea que le vas a confiar es una cartera que contiene documentos que son muy importantes, que se los de al cura del pueblo, el cura Bernardo, de la iglesia del Carmen. Que el cura no sabrá nada, pero que don Carlos, tú, mañana, le explicará todo, que es de vida o muerte. Quedé perplejo ante la habilidad de aquella tierna y salvaje mujer. Le di un beso largo, rico y reconfortante. Abordamos –cada quien por su lado y a distinto tiempo-. Hice exactamente lo que me pidió que hiciera. Allí mismo le entregué al confiado capitán mi cartera, a la que le puse dos o tres papeles sin valor que en mi bolso nadaban. Juancho

—mediante una buena paga aceptó hacer el viaje y cumplir con el encargo. Total yo, después de estar con mi “Lidia” jarocho, partiría al día siguiente a San Juan a presentarme con el cura Bernardo y explicar toda una historia dividida en capítulos y en vergüenzas mías —sí, definitivo en la guerra y en el amor... Esperé que dieran las diez de la noche. La barcaza partió con el rumbo de San Juan. ¡Eureka! Ahora a esperar a “Lidia”. Apareció ella con vestido de tela fina, el aire y la luz de las farolas de la noche marcaban las espléndidas sinuosidades de cuerpo selvático. La abracé con ternura, con fiereza, con todo, con nada. Le agradecí con toda mi alma su trampa para poder estar solos. Le dije que ella era Afrodita, que era la Diana cazadora de hombres, que nunca olvidaría su plan de guerra. De pronto se separó de mí y dijo: —¿Ves aquella ventana con la luz encendida?, Es mi casa. Sube. Te espero. Su espalda tenía movimientos de pantera. Esperé que entrara a su casa. Iba a tocar la puerta de entrada pero esta permanecía abierta. Mujer prevenida vale por muchas. Desde su balcón se dominaba el embarcadero. De manera que se surgía algún contratiempo, que de pronto llegara Juancho, lo veríamos de inmediato.

—Tienes dos horas, Carlos—. Ya no hubo ninguna explicación, ninguna charla estorbosa, ya lo habíamos hecho en el encuentro matutino. Era aquello como si nuestros cuerpos, nuestras almas, se conocieran de años y años luz. Navegué en su piel, abordé su boca, me saqué en su mar proceloso. Y el aire de su pelo izó mis velas para viajar a la velocidad del bóreas distante. Los nudos a los que mi cuerpo corría eran los suficientes para sentir como me deslizaba por su cuerpo marino. Las olas que hacían sus hombros me llenaban de sudor benigno, ella era el mar de los sargazos en el cual me hundí como pirata sin rumbo. Sirena, calamar, ballena, orca, todo lo fue para mí, para mi sed de corsario ciudadano. Su espuma de mar bañó mi cuerpo, sanó mis heridas y su voz salida de Caribdis me condujo por las cavernas y por las islas y por los océanos de su cuerpo. Ah, “Lidia” guerrera, “Lidia” perversa. Tú me diste la lección

de cómo portarse en la guerra. Tú fuiste la inventora del plan macabro, tú, linda muchacha sin freno, bella, abierta y viva, trazaste el plan de ataque. Tú eres la “culpable” de esa pelea marítima ...luego de aquel periplo carnal, luego de la tormenta tropical, vino la paz, llegó la calma chicha...me despedí con un abrazo interminable, ella me besó con un beso que acabó con las últimas fuerzas que me quedaban...La última visión de ella, es verla en su balcón —serían las dos de la madrugada, Juancho estaría por llegar—, diciendo adiós con su mano de niña traviesa. Yo le lancé un último beso. Otra vez nuestras miradas trazaron aquella línea de acero.

Al día siguiente el cura párroco de la iglesia del Carmen escuchaba una historia. Si la creyó o no es asunto del santo varón. Recogí mi cartera y partí hacia el horizonte. Mis labios

estaban todavía entumidos, mis brazos me dolían, pero la felicidad que me llenaba el alma me duraría años enteros... ¿Cuándo volveré a tu río, “Lidia” mía? 🐾

cbracho@prodigy.net.mx



Alejandro Caballero